

LIBRO DE TEXTO DE LA SERIE

CULTIVEMOS UN  
CORAZÓN  
*de*  
CONTENTAMIENTO

1.º Grado (C3-18)

GARY INRIG

# CULTIVEMOS UN CORAZÓN DE CONTENTAMIENTO

por Jeff Olson

## CONTENIDO

|                                                |    |
|------------------------------------------------|----|
| Límites de carga<br>(1 Timoteo 6:3-16).....    | 2  |
| El dinero importa<br>(1 Timoteo 6:17-19) ..... | 19 |

Es fácil criticar a los que recaudan fondos con fines religiosos. Piden que se le dé dinero a Dios, pero que los cheques sean a nombre de ellos mismos.

No obstante, también es fácil olvidar que Jesús habló más acerca del dinero que del cielo. Sin embargo, jamás he oído a alguien sugerir que Jesús «estaba metido en el asunto por el dinero».

En este extracto del libro *True North* (El Verdadero Norte), el pastor Gary Inrig ofrece una brújula para nuestras almas. Él expresa, en nombre de nuestro Señor, que un corazón generoso no tiene tanto que ver con el dinero como con encontrar el gozo y el contentamiento de Aquel que nos ha hecho para Sí.

*Martin R. De Haan II*

# LÍMITES DE CARGA

**S**amuel Plimsoll era un hombre con una preocupación. Involucrado en el comercio del carbón en la Inglaterra del siglo XIX, tomó conciencia de los terribles peligros que los marineros enfrentaban. Cada año, cientos de hombres de mar perdían sus vidas en barcos que iban peligrosamente sobrecargados. Los inescrupulosos dueños de las embarcaciones, siempre en búsqueda de mayores ganancias, estaban más que dispuestos a arriesgar las vidas de los demás. Barcos cargados casi hasta la línea de cubierta zarpaban, sólo para irse a pique en el mar, una noticia que los dueños recibían con placer, ya que se habían preocupado de hacer aún mayores ganancias provenientes del seguro. En 1873, el número de barcos hundidos alcanzó la pasmosa cantidad de 411, haciendo que el mar fuera la tumba de cientos de hombres. Para empeorar aún más las cosas, si

un hombre se enrolaba para un viaje, no podía volverse atrás, sin importar cuán inseguro él consideraba que fuera el barco. La ley apoyaba firmemente a los dueños de los barcos y desertar era un delito, sin importar cuán peligrosa fuera la embarcación. A comienzos de la década de 1870, uno de cada tres prisioneros en el suroeste de Inglaterra era un marinero que se había negado a navegar en lo que habían llegado a conocerse como los «barcos ataúdes».

Este problema se convirtió en la misión de Plimsoll. Su idea era sencilla. Cada barco necesitaba una línea de carga que indicara cuándo estaba sobrecargado. Con eso en mente, Plimsoll se postuló al Parlamento en 1868, fue elegido y de inmediato comenzó una intensa campaña para salvar las vidas de los marineros británicos. Dio apasionados discursos en la Cámara de los Comunes y escribió un libro que conmocionó al público por la manera en que expuso las condiciones bajo las que se desarrollaba esta situación. Gradualmente se ganó la

opinión del público y avergonzó al gobierno que consiguió que tomara medidas al respecto. En 1875 se aprobó el Proyecto de Ley para Embarcaciones No Aptas para la Navegación, y al año siguiente fue aprobado un proyecto de ley escrito por Plimsoll, el cual requería de una línea de carga. Pero, bajo la presión de los intereses creados, el Parlamento cedió. Permitió que los dueños de los barcos determinaran colocar la línea donde desearan hacerlo.

Plimsoll siguió luchando otros 14 años hasta que se aprobaron leyes que aseguraron la colocación de la línea a un nivel que garantizaba la seguridad del barco. Con el tiempo, esta línea de carga se convirtió en la norma internacional. Hoy, en cada puerto del mundo se ven los resultados de la obra de Plimsoll, que llevaron a que se le llamara «el Amigo del Marinero». En el casco de todo barco de carga se ve la línea Plimsoll, indicando la máxima profundidad en la que un navío puede cargarse de manera segura y legal.

La vida sería mucho más fácil si hubiera una marca Plimsoll para las personas. Navegar por la vida requiere de protección. Así que vamos a estudiar algunos aspectos importantes de profunda comprensión bíblica en cuanto a límites de carga. No llegaremos a salvo a nuestro destino a menos que entendamos la línea Plimsoll de Dios. En 1999, en el apogeo de la fiebre por las compañías con base en la Internet, la revista *Fast Company* (La Compañía Rápida) trató, en términos seculares, el asunto de los límites de carga:

El punto en plena actualidad hoy es una pregunta que está en el aire en las salas de los directorios de las compañías, en los cócteles, en las reuniones de Ofertas Públicas Iniciales (para ventas de acciones comunes de diversas organizaciones), y hasta en la mesa de la cocina: ¿Cuánto es suficiente? ¿Cuánto dinero — para compensarnos por nuestro trabajo? ¿Cuánto tiempo —para dedicarle a

nuestra familia? ¿Cuánta gloria pública —para satisfacer nuestro ego? ¿Cuánta oportunidad para la reflexión privada — para profundizar nuestro entendimiento? ¿Cuántas cosas son suficientes para nosotros? Y, sin importar cuántas cosas tengamos, ¿cómo encontramos —y definimos— la satisfacción? (julio/agosto, 1999, p.110).

Esas son preguntas perspicaces, en especial para un seguidor de Cristo preocupado por vivir en base a los valores del Reino. En una sociedad que está cimentada sobre el consumismo crónico y convulsivo, ¿cómo establecemos los límites de carga? Dos veces se nos dice en el Nuevo Testamento que la codicia, o la avaricia, es idolatría (Efesios 5:5; Colosenses 3:5). El contentamiento y la avaricia son dos aspectos que se encuentran entre los que nos causan mayor presión al enfrentarlos cuando buscamos navegar por nuestra cultura. Las palabras de Pablo en 1 Timoteo 6:3-16 tienen especial relevancia:

*Si alguno enseña una doctrina diferente y no se conforma a las sanas palabras, [...], está envanecido y nada entiende, sino que tiene un interés morboso en discusiones y contiendas de palabras, de las cuales nacen envidias, pleitos, blasfemias, malas sospechas, y constantes rencillas entre hombres de mente depravada, que están privados de la verdad, que suponen que la piedad es un medio de ganancia. Pero la piedad, en efecto, es un medio de gran ganancia cuando va acompañada de contentamiento. Porque nada hemos traído al mundo, así que nada podemos sacar de él. Y si tenemos qué comer y con qué cubrirnos, con eso estaremos contentos. Pero los que quieren enriquecerse caen en tentación y lazo [...] que hunden a los hombres en la ruina y en la perdición. Porque la raíz de todos los males es el amor al dinero, por el cual, codiciándolo algunos, se extraviaron de la fe y se torturaron con muchos dolores. Pero tú, oh hombre*

*de Dios, huye de estas cosas, y sigue la justicia, la piedad, la fe, el amor, la perseverancia y la amabilidad. Pelea la buena batalla de la fe; echa mano de la vida eterna a la cual fuiste llamado, [...] Te mando delante de Dios, que da vida a todas las cosas, y de Cristo Jesús, [...], la cual manifestará a su debido tiempo el bienaventurado y único Soberano, el Rey de reyes y Señor de señores; el único que tiene inmortalidad y habita en luz inaccesible; a quien ningún hombre ha visto ni puede ver. A Él sea la honra y el dominio eterno. Amén.*

Se cuenta la historia de una niña cuyo padre vivía quejándose. Una noche, sentados a la mesa a la hora de la cena, ella anunció orgullosa: «¡Yo sé lo que les gusta a todos en nuestra familia!» No necesitó que la convencieran para que revelara la información que tenía: «A Johnny le gustan las hamburguesas; a Janie le encanta el helado; a Jimmy le fascina la pizza; y a mami le gusta el pollo». Su padre esperó su turno, pero ella no

dio ninguna información al respecto. «Bueno, ¿y qué dices acerca de mí? —preguntó— «¿Qué le gusta a papi?» Con la inocencia y dolorosa perspicacia propias de la niñez, la pequeña contestó: «Papi, ¡a ti te gusta todo lo que no tenemos!».

Un observador describe nuestra sociedad como «inextinguiblemente descontenta». Hemos sido enseñados —por los persuasores invisibles de nuestra sociedad— para adquirir, consumir, potenciar, y ampliar. En dicho contexto, el concepto de «suficiente» es raro. Nadie le hace publicidad a las virtudes del contentamiento. Pero el Espíritu Santo usa justamente esa palabra para poner Su dedo sobre uno de los problemas más significativos y sensibles en nuestras vidas.

En el pasaje de Timoteo, tres ideas nos hacen ver la necesidad de una línea Plimsoll en nuestras vidas si queremos navegar con éxito en una cultura materialista. Esas ideas giran alrededor de las palabras *avaricia*, *contentamiento* y *carácter*.

## **Debemos sensibilizarnos a los peligros de la avaricia.**

A menudo los pastores tienen que escuchar a las personas cuando revelan los secretos más oscuros de sus vidas. A lo largo de los años, ellos llegan a creer que han escuchado casi todo pecado confesado. Así que me desconcerté cuando leí que el gran predicador del siglo XIX, Charles Spurgeon, una vez había comentado que virtualmente había escuchado todo pecado confesado, excepto el pecado de avaricia. Me di cuenta de que mi experiencia, más de cien años después, era la misma. Nunca había escuchado a nadie confesar avaricia, aun cuando ha habido ocasiones en las que se trataba de un diagnóstico bastante obvio. También me di cuenta, en mis momentos de mayor honestidad, que yo mismo luché con la avaricia, al querer lo que otros poseen y yo no. El dinero no es el único centro de la avaricia, pero es uno fundamental en nuestra cultura.

Pablo quería que reconociéramos que el problema no es el dinero sino el *amor* al dinero. En 1 Timoteo 6:9, dijo que aquellos que están ansiosos por enriquecerse son los que están en peligro espiritual. Las palabras exactas de Pablo fueron: «Pero los que quieren enriquecerse», es decir, aquellos que han puesto sus corazones en la riqueza. Es tentador ver la avaricia como el problema de los demás, en especial de aquellos que tienen más dinero que nosotros. Pero sabemos que «querer enriquecerse» no es algo exclusivo de los adinerados. De hecho, los que no tienen dinero son a los que a menudo les consume un deseo por adquirirlo. Esa es la razón por la que tenemos que leer las palabras de Pablo cuidadosamente. Éstas no se aplican sólo a aquellos con las rentas más elevadas. 1 Timoteo 6:10 es uno de esos versículos que las personas a menudo citan mal y distorsionan. Escuchamos decir que la Biblia enseña que «el dinero es la raíz de todos los males». La riqueza

no viene sin peligros, pero lo que Pablo dijo indica que el problema no es el dinero sino el «amor al dinero», un deseo que puede afectar a ricos lo mismo que a pobres.

Es importante mantener el equilibrio de la Escritura. Los ricos han de usar su riqueza y disfrutarla responsablemente, pero no han de amarla. Algunos de los héroes de la fe en la Biblia eran personas de gran riqueza, creyentes tales como Job, Abraham, David, y Nehemías. Otros disfrutaron de posiciones de prominencia y prosperidad, tales como José y Daniel. Ninguno de estos hombres fue condenado por lo que poseía, ni vivió para sus posesiones. Abraham supo lidiar con la riqueza; su sobrino Lot fue seducido por ella, haciendo elecciones tontas y malvadas. El problema no es el valor neto sino los valores del corazón.

La avaricia es un problema apremiante en nuestra cultura de consumo. En el momento en que escribo esto, existe una preocupación de que nos estamos deslizando

en la recesión después de una década de fenomenal expansión en la economía. Cualquiera que sea la dirección en la que vaya la economía, el hecho es que somos personas que miden el éxito en términos de prosperidad económica y posesiones materiales. Las ganancias instantáneas producidas durante el auge de la fiebre por las compañías con base en la Internet (y que tenían la terminación .com), los contratos firmados por los atletas que nos dejaban boquiabiertos, y el ritmo del énfasis en cuanto a lo que los índices de los valores en bolsa tales como el Dow Jones o el NASDAQ ha hecho hoy, nos seduce a medir nuestro valor personal por nuestro saldo final. Pero suficiente nunca es suficiente. Los atletas que firmaron contratos que aparecían en los titulares de los periódicos amenazan dos años después con negarse a cumplirlos porque alegan que no se les paga ni se les aprecia lo suficiente. El autor del antiguo libro de Eclesiastés lo dijo hace miles de años:



«El que ama el dinero no se saciará de dinero, y el que ama la abundancia no se saciará de ganancias [...] Cuando aumentan los bienes, aumentan también los que los consumen» (Eclesiastés 5:10-11).

En la edición de la revista mencionada anteriormente, los editores reflexionaron sobre los resultados de un estudio que habían hecho entre sus altamente exitosos lectores:

Tarde o temprano, todo se reduce a dinero. Para la mayoría de los encuestados, el dinero es lo que más importa. La mayoría de ellos informaron que el dinero es el factor más poderoso para su éxito, su satisfacción, y su capacidad para determinar la estructura y la sustancia de sus vidas.

Si el dinero es tan importante, ¿cuánto más necesitaría la gente para dejar de preocuparse? [...] La respuesta final parece ser que no existe lo «suficiente».

También les pedimos a las personas que designaran diversos bienes y servicios

como indicadores de éxito o una señal de exceso —y surgió un patrón similar. Cuanto más dinero adquirirían las personas, más frecuente era considerar los automóviles caros, las casas grandes, y las cenas en restaurantes elegantes como sus justas recompensas.

Queremos tenerlo todo: más dinero y más tiempo. Más éxito y una vida familiar más satisfactoria. Más comodidades —y más salud (pp.114,116).

En ciertos aspectos parece extraño leer esas palabras ahora, después del colapso de muchas compañías tecnológicas y de la caída en las bolsas de valores. Muchas personas que parecían ricas más allá de toda imaginación debido al valor de sus acciones en la bolsa de valores, se encontraron en circunstancias financieras bastante diferentes menos de un año y medio después. Pablo describió la incertidumbre de las riquezas en 1 Timoteo 6:17, pero, para ese momento, su preocupación se centraba en

los efectos corruptores del amor a las riquezas. Es cierto, reconocen los editores de *Fast Company*, que suficiente nunca es suficiente. Pero lo que los editores no hacen es darle su propio nombre a la enfermedad: avaricia. La ley fundamental es que, a medida que crecen las adquisiciones, también se incrementan las aspiraciones. La palabra griega que se traduce como «avaricia» significa «un deseo de tener más». En la opinión del Señor Jesús y los apóstoles, esta no es sólo una tendencia a evitar en una sociedad capitalista de consumo. En verdad, es un enemigo mortal del alma que nos tienta a ignorar la línea Plimsoll y sobrecargar peligrosamente nuestras vidas.

Por lo menos son cuatro las maneras en las que el amor al dinero tiene un poder corruptor.

**1. La avaricia corrompe nuestra visión de la verdad de Dios.** A lo largo de 1 Timoteo, Pablo se comprometió a luchar contra los falsos maestros. En 1 Timoteo 6:3-5, los describió por última vez en su carta. El objeto que quería

destacar era sencillo: la teología defectuosa produce estilos de vida defectuosos. Pero detrás del falso mensaje de estos maestros había también un falso motivo: ellos «suponen que la piedad es un medio de ganancia». Esto parece querer decir que fingen ser piadosos y espirituales para poder engañar a otros y hacer que paguen por su falsa enseñanza. Detrás de su fachada de aprendizaje y perspicacia espiritual se encuentra un corrupto deseo por hacer dinero.

**2. La avaricia contamina nuestros valores.** «Pero los que quieren enriquecerse caen en tentación y lazo y en muchos deseos necios y dañosos» (1 Timoteo 6:9). Todos nosotros encontramos tentaciones, pero Pablo sugiere que hay tentaciones especiales para las personas que tienen sus corazones puestos en enriquecerse. En el idioma original hay insertado aquí un fascinante juego de palabras. La palabra griega para «medio de ganancia», o ganancias, que se usa en 1 Timoteo 6:5 es porismos. La

palabra griega para «tentación» es *peirasmos*. Los opositores de Pablo imaginaban que «la piedad es un medio de ganancia (*porismos*)». Pero la avaricia de ellos significaba que su búsqueda de ganancias se había convertido en un encuentro con la tentación (*peirasmos*). No es difícil darse cuenta de lo que Pablo tenía en mente. Un deseo por obtener un ascenso o un contrato me presiona para que ignore a mi familia. Una oportunidad demasiado buena como para dejarla escapar me tienta a transigir en mi integridad. El deseo por congraciarme con aquellos que pueden hacer avanzar mi carrera me lleva a esquivar mis convicciones y a imitar el estilo de vida de ellos. La posibilidad de tener dinero extra me seduce a distorsionar mi cuenta de gastos o mi declaración de impuestos. «La obsesión por adquirir riqueza es un fuego que se alimenta a sí mismo. No sólo consume tiempo y energía, sino también valores.

La riqueza lleva a las personas a círculos donde las

reglas son diferentes, la presión de sus colegas es tremenda, y los valores están totalmente distorsionados» (Philip Towner, *1-2 Timothy & Titus* —1-2 Timoteo & Tito—, p.139). El anhelo por las riquezas genera otros deseos y hace que las cosas se precipiten en una espiral descendente.

**3. La avaricia le da una vuelta de campana a nuestra vida.** Cuando Pablo escribió sobre «deseos necios y dañosos que hunden a los hombres en la ruina y en la perdición» (1 Timoteo 6:9), usó un lenguaje que tomó prestado del mundo de la navegación. La única vez en que la palabra *hundir* se usa otra vez en la Biblia es en Lucas 5:7. Cuando Pedro y sus ayudantes intentaron recoger la pesca milagrosa, ellos «llenaron ambas barcas, de tal manera que se hundían». Así como Samuel Plimsoll reconoció la necesidad de una línea de carga en un barco para evitar que éste se sobrecargara, nosotros necesitamos una «línea de la avaricia» para evitar exponer nuestras vidas a «la ruina y

la perdición». En el sentido más directo, debido a que no podemos amar o servir a Dios y al dinero (Lucas 16:13), aquellos que aman el dinero no conocen a Cristo y están destinados a la destrucción total. Sin embargo, también hay una aplicación para el seguidor de Cristo. La palabra ruina en el uso bíblico implica «la pérdida de todo lo que hace que la vida valga la pena» (Moulton & Milligan, *The Vocabulary Of The Greek New Testament* —El vocabulario del griego del Nuevo Testamento—, p.445). Warren Wiersbe lo explica:

El dinero es el «dios de este mundo», y le da el poder a millones de personas para disfrutar la vida viviendo de sustitutos. Con dinero pueden comprar entretenimiento, pero no pueden comprar gozo. Pueden ir a la farmacia y comprar sueño, pero no pueden comprar paz. Su dinero atraerá a muchos conocidos, pero a muy pocos amigos verdaderos. El dinero les da la admiración y la envidia de los demás, pero no amor. Compra los mejores servicios médicos, pero no

puede comprar salud. Sí, es bueno tener las cosas que el dinero puede comprar, siempre que no perdamos las cosas que el dinero no puede comprar (*On Being A Servant Of God* —Acerca de ser un siervo de Dios—, p.142).

**4. La avaricia ahoga nuestra fe.** «El amor al dinero, por el cual, codiciándolo algunos, se extraviaron de la fe y se torturaron con muchos dolores» (1 Timoteo 6:10). El Señor Jesús vio la codicia como un enemigo mortal del alma, y Su advertencia fue directa: «Estad atentos y guardaos de toda forma de avaricia; porque aun cuando alguien tenga abundancia, su vida no consiste en sus bienes» (Lucas 12:15). La vida no se basa en las posesiones. Sólo Dios es la fuente de la vida; sólo Dios tiene el control de la vida; sólo Dios da la vida. La confianza en el dinero no puede coexistir con la fe viva en Dios.

Navegar a salvo por la vida, en un mundo de consumismo crónico y compulsivo, requiere que desarrollemos límites de carga claros. El materialismo

representa un peligro que en cada aspecto es tan peligroso como los bancos de icebergs de la Península de Labrador lo fueron para el Titanic. Es fácil, en retrospectiva, ver la insensatez del capitán y de los propietarios del gran barco, navegando a todo vapor a través de esas aguas peligrosas. Los icebergs son bellos para admirarlos pero encontrarse con ellos es peligroso y exige que procedamos con cautela. Lo mismo pasa con el materialismo.

El desastre está a la espera cuando convergen una cultura de consumismo y un corazón avaro. Pero la Escritura jamás nos llama simplemente a evitar lo negativo. Nos desafía a buscar lo positivo.

**Debemos cultivar un corazón de contentamiento.** El antídoto para la avaricia es el contentamiento, una cualidad que es parte indispensable de la verdadera espiritualidad. Las palabras de Pablo son asombrosas: «Pero la piedad, en efecto, es un medio de gran ganancia

cuando va acompañada de contentamiento». Dudo que Pablo estuviera sugiriendo que exista la verdadera piedad sin contentamiento. Sospecho que lo que estaba diciendo era que la piedad madura y el contentamiento son como un componente inseparable.

«Piedad» era un término favorito del apóstol Pablo en el libro de 1 Timoteo. Lo usó ocho veces (cuatro de ellas en este pasaje) para describir lo que podríamos llamar «auténtica espiritualidad». Tomó un término muy usado por sus contemporáneos para describir el concepto pagano que ellos tenían de la piedad y darle un significado distintivamente cristiano. El término describe una actitud interna de reverencia y respeto que se expresa en actos externos. La verdadera piedad comienza con «el temor del Señor», temor reverencial ante Su presencia, lo cual produce no sólo actos de adoración sino también un estilo de vida que es consistente con el carácter y los requerimientos del Dios a quien amamos y servimos. Es

una vida centrada en Dios, una pasión por Dios que se traduce en adoración y una conducta apropiada. Para Pablo, esta cualidad era lo que significaba ser un seguidor de Cristo. Como ya lo había escrito en 1 Timoteo 4:7-8: «Más bien disciplínate a ti mismo para la piedad; porque [...] la piedad es provechosa para todo, pues tiene promesa para la vida presente y también para la futura».

La verdadera piedad siempre viene acompañada de «contentamiento». Para los filósofos griegos y romanos, esta era una palabra significativa que describía una actitud de autosuficiencia, la capacidad para confiar en los recursos de uno mismo y no en los demás. Para los filósofos estoicos, el hombre ideal era un hombre independiente, sin necesidad de nada ni de nadie. Sin embargo, en la opinión de Pablo, el contentamiento tomaba un significado diferente. Cuando les escribió a los filipenses desde la celda de una prisión, «he aprendido a contentarme cualquiera que sea mi situación [...] he

aprendido el secreto tanto de estar saciado como de tener hambre, de tener abundancia como de sufrir necesidad. Todo lo puedo en Cristo que me fortalece» (Filipenses 4:11-13). El contentamiento, entonces, no trata acerca de la autosuficiencia sino de la suficiencia en Cristo. No es resignación sino satisfacción. No es aceptación del status quo, o la rendición de la ambición, sino la sumisión a Cristo y a Sus propósitos. El contentamiento piadoso no trata acerca de la complacencia, la pasividad o algún desprendimiento místico de la vida. Más bien, como dice G. K. Chesterton: «Es la capacidad de sacar de una situación todo lo que hay en ella». Es una satisfacción profundamente arraigada que es el don de Cristo.

Para mí ha sido extremadamente útil distinguir entre lo que alguien ha llamado «el contentamiento de la aspiración» y «el contentamiento de la adquisición». La aspiración trata acerca de quién soy yo —mi

carácter, mis relaciones, mis valores. La adquisición trata acerca de lo que poseo. La piedad involucra elegir la satisfacción con la adquisición y la insatisfacción con la aspiración. Involucra el contentamiento con lo que tengo pero descontento con quien soy. Quiero llegar a ser más sabio, más profundo, más amoroso, más a la imagen de Cristo.

El contentamiento también es el producto de una perspectiva eterna del reino. Allí es hacia donde Pablo dirige nuestro enfoque en 1 Timoteo 6:7: «Porque nada hemos traído al mundo, así que nada podemos sacar de él». Esta declaración es obvia pero se olvida fácilmente. Las cosas parecen tan reales, y la eternidad parece algo tan irreal. Pero la fe nos dice que en realidad es lo contrario. «Al no poner nuestra vista en las cosas que se ven, sino en las que no se ven; porque las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas» (2 Corintios 4:18). Las cosas presentes

no tienen valor duradero. Son nuestras para que las disfrutemos pero no para que las conservemos. La vida en este mundo se parece mucho a un juego de Monopoly. No importa cuánto adquiramos, al final todo regresa a la caja.

John Piper nos invita a imaginar a un visitante en una galería de arte que comienza a descolgar los cuadros de las paredes y, poniéndoselos bajo el brazo, se dirige hacia la salida. Lo observamos por un rato y luego le preguntamos, «¿qué está haciendo usted?» «Me estoy convirtiendo en un coleccionista de arte» — responde. «Pero esas pinturas no son realmente tuyas, y no lo van a dejar sacarlas de aquí. Usted puede disfrutarlas, ¡pero no puede conservarlas!» «Claro que son mías. ¡Las tengo bajo el brazo! Y me preocuparé de cómo sacarlas de aquí cuando llegue el momento» (adaptado de *Desiring God* [Deseando a Dios], p.156).

No tendríamos dificultad alguna en ver la insensatez de ese tipo de comportamiento. Pero a menudo consideramos

del mismo modo nuestras posesiones materiales, las cuales nos fueron encomendadas por Dios. Sólo vemos el dinero y las cosas materiales de manera apropiada cuando reconocemos que no tienen valor duradero.

Pablo también quiere que reconozcamos que los valores más grandes de la vida van más allá de lo material. «Y si tenemos qué comer y con qué cubrirnos, con eso estaremos contentos» (1 Timoteo 6:8). Aquellos de nosotros que vivimos en el mundo occidental tenemos tantas cosas por encima de las necesidades básicas de la vida que nos es muy difícil pensar sólo en la comida y el vestido. Nuestra lista de «cosas esenciales» es mucho más larga. Pero en diversos momentos en otros países, he conocido a seguidores de Cristo que físicamente apenas si tenían algo más que escasos suministros de comida y vestido, y sin embargo he sentido que he recibido una lección de humildad con su auténtico gozo en Cristo.

La comida y el vestido son importantes, pero no son la esencia de la vida. Por eso el Señor dijo: «[...] no os preocupéis por vuestra vida, qué comeréis o qué beberéis; ni por vuestro cuerpo, qué vestiréis. ¿No es la vida más que el alimento y el cuerpo más que la ropa?» (Mateo 6:25).

Acumulamos dinero y posesiones porque ofrecen una sensación de seguridad contra las incertidumbres del futuro. Pero incluso en la mejor de las circunstancias, las riquezas no son confiables. No ofrecen una verdadera garantía en el mundo presente ni garantía en absoluto para el mundo eterno. Esa es la razón por la que Dios describe como necio al hombre rico que imaginó que tenía «muchos bienes depositados para muchos años», sólo para que Dios le reclamara su vida. No sólo no controlaba su riqueza; tampoco controlaba su vida. Su dinero no pudo protegerle de la certeza de la muerte, de su responsabilidad ante un Dios soberano, ni de la pérdida de todo lo que había acumulado. El veredicto del Señor es: «Así



es el que acumula tesoro para sí, y no es rico para con Dios» (Lucas 12:21). Nuestra mayor seguridad no viene del poder de nuestra riqueza sino de la promesa segura de nuestro Dios. «Vuestro Padre celestial sabe que necesitáis todas estas cosas [comida y vestido]. Pero buscad primero Su reino y Su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas» (Mateo 6:32-33).

Alguien observó astutamente que tememos a la muerte en proporción a lo que tenemos que perder. Si acumulamos tesoro para nosotros mismos en la tierra, nos enfrentamos a perderlo todo. El consejo del Señor es: «Sino acumulao tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni la herrumbre destruyen, y donde ladrones no penetran ni roban; porque donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón» (Mateo 6:20). El contentamiento es el producto de la seguridad en Dios, el producto de la confianza en Su carácter y Sus promesas.

**Debemos enfocarnos en la centralidad del**

**carácter.** Después de haber alejado a Timoteo de la avaricia y llevarle hacia el contentamiento, Pablo luego le dirigió hacia su foco principal. Los falsos maestros podrían estar absortos con la búsqueda de la riqueza, pero Pablo quería que Timoteo (y nosotros) nos comprometiésemos en la búsqueda del carácter piadoso. Los materialistas que acosaban a la congregación en Éfeso tenían un modelo de éxito, la persona que con gran determinación buscaba la meta de la riqueza financiera presente. «Pero tú, oh hombre de Dios, huye de estas cosas» (1 Timoteo 6:11a). El dinero es un gran recurso pero una meta terriblemente inadecuada. De hecho, es una meta extremadamente peligrosa. Tan peligrosa que se nos llama a huir del deseo de enriquecernos, huir del amor al dinero. Esto suena extraño en una sociedad que ha santificado la búsqueda de la riqueza y en una comunidad cristiana que a menudo suena más capitalista que cristiana. La seducción de la «teología de la

prosperidad» intenta santificar aquello de lo que Dios nos ha llamado a huir, una filosofía de vida consumista y materialista. Encuentro que es mucho más fácil predicar esto que ponerlo en práctica.

Sin embargo, no debemos simplemente huir. El llamado del seguidor de Cristo es hacer justamente eso, seguir al Señor. «Sigue la justicia, la piedad, la fe, el amor, la perseverancia y la amabilidad» (v.11b). Notemos aquí que hemos de reemplazar la búsqueda de las cosas por la búsqueda del carácter. *Búsqueda* es una palabra significativa. Nos recuerda que el carácter se forja con el tiempo, no se encuentra en un instante. Si bien puede que haya riqueza instantánea, nunca hay carácter instantáneo. La Palabra también nos recuerda que, si bien puede que estas cualidades sean el producto de la obra de Dios en nuestras vidas, nosotros también desempeñamos un papel de importancia crítica. El carácter debe desarrollarse y buscarse con vigorosa energía. *Búsqueda*

también nos recuerda que esta es una actividad deliberada, con la que se continúa en las experiencias diarias de la vida.

No debemos simplemente huir y seguir. Hemos de «pelear la buena batalla de la fe» (v.12), porque, si bien la vida cristiana siempre es personal, nunca es privada. Un seguidor de Cristo está llamado a promover la causa del Reino de Cristo y la gloria de Cristo en el mundo. Una vida avariciosa es una vida egoísta. Una vida del Reino es una vida marcada por el sacrificio. En una época de guerra, vemos los recursos financieros de manera diferente. Así que tiene que añadirse una tercera fase a la manera en que un cristiano ve el dinero. Rechazamos la avaricia, cultivamos el contentamiento, y practicamos el compromiso en el uso de nuestros recursos para hacer avanzar la causa de Cristo en el mundo. Dar es la manera en que huimos de la avaricia, porque la generosidad forma nuestra inmunidad contra la codicia. Dar es la manera en que desarrollamos el contentamiento, al hacer

una elección deliberada de emplear nuestros recursos para los demás, no sólo para nosotros mismos. Y dar es la manera en que demostramos y desarrollamos el compromiso en la lucha de la fe.

Nuestra preocupación en esta sección ha sido pensar acerca de los límites de carga, acerca de la línea Plimsoll que necesitamos trazar en nuestras vidas para evitar la peligrosa sobrecarga con las cosas. He aquí cuatro sugerencias para ayudarnos a enfocar nuestro pensamiento en cuanto a los límites de cargas personales.

**1. Desarrollemos un estilo de vida de límites, no de lujo.** Vayamos contra la cultura. Compremos a menor precio o cantidad, o arreglémosnoslas sin tener que comprar algo. Como un acto de autodisciplina y un medio para no dejar que la avaricia nos atrape, elijamos vivir con menos de lo que podamos darnos el lujo de adquirir.

**2. Cultivemos la generosidad, no la codicia.** La compasión y la generosidad son los frenos para la avaricia.

Demos más de lo que creemos que podemos dar a una causa que el Señor haya puesto en nuestros corazones. ¡Asumamos un riesgo del reino!

**3. Enfatizamos la valía personal por encima del valor neto.** Tomemos la determinación de pasar más tiempo pensando y trabajando en nuestro carácter futuro que en nuestro futuro financiero. Si nuestro plan de jubilación financiera ya está funcionando, ¿qué pasa con nuestro plan de jubilación del carácter? Determinamos nuestros futuros activos financieros ahora. Lo mismo es cierto en cuanto a nuestros futuros activos del carácter. ¿Qué clase de ancianos estamos eligiendo ser?

**4. Invirtamos en lo eterno, no sólo en lo temporal.** Oremos por un proyecto del reino que cautive nuestra pasión, desafíe nuestros talentos recibidos e inspire la inversión de nuestro tesoro.

# EL DINERO IMPORTA

**E**n el siglo XXI estamos navegando hacia un mundo totalmente nuevo, asombrosamente diferente a cualquier otra cosa con la que jamás nos hayamos encontrado. Tenemos que aprender nuevas habilidades de navegación. Si hemos de trazar nuestro curso, también tenemos que rediseñar nuestras vidas de tal modo que podamos sobrevivir a condiciones rápidamente cambiantes.

El desarrollo de la línea Plimsoll en la década de 1870 mejoró grandemente la seguridad de la carga y de la tripulación al indicar la máxima profundidad para la carga legal de un barco. Los marinos también reconocieron la necesidad de estabilizar sus barcos, de contrarrestar la tendencia a caer y bambolearse, especialmente en mares profundos. La tecnología para conseguirlo vino con el giroscopio, un instrumento que nos es familiar en el trompo,

juguete infantil que representa su forma más simple.

En 1852, un científico francés llamado León Foucault descubrió el principio e inventó el primer giroscopio. Se mantuvo como un juguete científico hasta 1911, cuando un científico norteamericano llamado Elmer Sperry patentó la brújula giroscópica, un instrumento que ha demostrado ser de gran importancia en una variedad de grandes aplicaciones de navegación, tales como los pilotos automáticos y los sistemas de teledirección en los barcos, aviones, misiles y naves espaciales. Su compañía también desarrolló estabilizadores giroscópicos en masa que se usaron en los barcos para contrarrestar el movimiento de bamboleo del barco en el océano. La tecnología más reciente ha creado giroscopios más pequeños que se han aplicado en aletas estabilizadoras para reducir el bamboleo y por lo tanto, incrementar la seguridad y la comodidad.

Si vamos a navegar exitosamente por el océano cambiante y tumultuoso de la vida moderna, necesitamos un estabilizador, y quiero sugerirles que la intención de Dios es que la generosidad sirva como un giroscopio personal en medio de las caídas y bamboleadas del materialismo moderno. En los versículos que siguen a los que hemos visto en 1 Timoteo 6, los cuales nos advierten contra el peligro del amor al dinero, Pablo se dirigió a las personas que tienen dinero y les dio algunas instrucciones directas que también nos brindan a nosotros salvaguardas de navegación relevantes.

*A los ricos en este mundo, enséñales que no sean altaneros ni pongan su esperanza en la incertidumbre de las riquezas, sino en Dios, el cual nos da abundantemente todas las cosas para que las disfrutemos. Enséñales que hagan bien, que sean ricos en buenas obras, generosos y prontos a compartir, acumulando para sí el tesoro de un buen*

*fundamento para el futuro [...] (1 Timoteo 6:17-19).*

Hace varios años, el infame e irreverente presentador de radio, Howard Stern, anunció que estaba considerando postularse para gobernador del estado de Nueva York. Sin embargo, a medida que se acercaba la fecha límite para formalizar su candidatura, él se retiró, anunciando que la revelación de sus estados financieros, los cuales tendría que presentar, eran «demasiado personales». ¡Esto provenía de un hombre cuya reputación se basaba en rastrear y revelar los detalles más íntimos y a menudo sórdidos de la vida sexual de sus invitados y de la suya propia!

Puede que el último tabú del siglo XXI sean las finanzas personales. Incluso como cristianos, asumimos una actitud protectora hacia nuestro dinero, incluso cuando consumimos de una manera notoria. Es de mal gusto preguntarle a una persona demasiado directamente acerca de sus finanzas. Si un pastor habla acerca de asuntos de

dinero, despertará sentimientos más negativos que los que haría al tratar casi cualquier otro tema.

No estoy sugiriendo que esta reticencia siempre está mal. No siento necesidad alguna de satisfacer la curiosidad de personas curiosas en cuanto a mi estado financiero. Y las iglesias pueden estar absortas en el dinero y distorsionar la verdad bíblica para propósitos no muy santos. Al mismo tiempo, me preocupa la gran desconexión que a menudo se da entre la fe y el dinero. El dinero importa. Mis cheques, mis extractos de tarjeta de crédito, y mi cuenta de ahorros revelan mis creencias, valores y prioridades más profundas. Esa es la razón por la que la Palabra de Dios trata el asunto tan a menudo y por la cual Pablo volvió al tema al final de su primera carta a Timoteo.

En 1 Timoteo 6:3-16, sus preocupaciones han sido captadas por las palabras codicia («huye de ella»), contentamiento («cultívalo»), y carácter («concéntrate en ello»).

Ahora bien, en los versículos 17-19, se dirige directamente al asunto de la generosidad.

### **El dinero es una paradoja y debe manejarse con cuidado.**

Pablo ya advirtió contra la búsqueda vehemente del dinero y la riqueza, una advertencia que siempre nos hace falta en nuestro mundo consumista. Pero el dinero también es una herramienta que se puede usar para la gloria de Dios. Algunos consideran a la riqueza como algo intrínsecamente malo, algo que los cristianos deben rechazar y evitar. Este no es el punto de vista bíblico. La Escritura no es ni ascética —que rechaza todas las cosas materiales—, ni es ingenua en cuanto a los peligros que el dinero plantea. El dinero es una provisión de Dios que han de disfrutar aquellos a quienes Él se lo ha dado.

El mensaje de Pablo se dirigió «a los ricos en este mundo». La tentación es descalificarnos de inmediato e imaginar que Pablo se dirigió sólo a los pocos miembros de la elite, el 10% superior de nuestra

sociedad. Obviamente, las palabras se aplican a ellos, pero es demasiado fácil adoptar una perspectiva estrecha y perder de vista de lo enormemente bendecidos que somos.

Por lo general, Ted Turner no es una fuente de verdadera sabiduría, pero en un discurso en la ceremonia de graduación de la Universidad Emerson el 15 de mayo del 2000, sí transmitió un hecho importante:

Todo es relativo [...], sólo tengo 10 mil millones de dólares, pero Bill Gates tiene 100 mil millones; me siento como un completo fracaso en la vida. Así que los miles de millones no te harán feliz si te preocupas por alguien que tiene más que tú [...] Entonces, no caigas en la trampa de medir tu éxito por las cosas materiales que hayas conseguido (Revista *People* [Gente], 12 de junio, 2000, p.62).

El asunto va más allá de nuestra definición del éxito. Los cristianos occidentales dan por hecho un estándar de vida que es la envidia del mundo. La pasmosa cantidad de 1.300

millones de personas ganan menos de un dólar al día. Cien millones de niños en todo el mundo no tienen hogar, y muchos más tienen viviendas que son peores que las que proveemos para nuestras mascotas y animales. El hambre y la enfermedad son una realidad mortal diaria para multitudes.

Sin embargo, el llamado de Dios no es para que los ricos se sientan culpables por su riqueza o se despojen de ella. El patrón de Hechos 2, donde los primeros cristianos «vendían todas sus propiedades y sus bienes y los compartían con todos, según la necesidad de cada uno» (Hechos 2:45), es un ejemplo conmovedor del amor cristiano pero no un patrón rígido. Puede que la riqueza sea una bendición divina, a menudo recibida de manera indirecta por haber nacido en una nación próspera, o por nuestras habilidades y talentos innatos, o debido a las oportunidades de carácter único que un Dios soberano ha puesto delante de nosotros. Sólo los que caen en el mayor

autoengaño o los arrogantes no logran reconocer cuánto de sus bendiciones actuales se debe a factores que se encuentran más allá de su control. Sin embargo, la riqueza no es un derecho absoluto. No tengo la libertad de hacer lo que yo desee con mi dinero.

Las leyes del Antiguo Testamento ponen en claro que el Señor no aprueba la acumulación incontrolada de la riqueza a expensas de los demás. Dios realiza una solicitud directa sobre nuestro dinero por medio de los diezmos y las ofrendas, y Sus leyes relativizan los derechos de la propiedad privada, incluyendo la propiedad y uso de tierras, y el préstamo de dinero de maneras explotadoras. Los profetas hacen abundantes condenaciones a los ricos, a un sistema de clases que manipula y explota, y a prácticas comerciales que saquean y oprimen. No podemos leer los libros de Amós, Isaías o Joel sin reconocer que muchas prácticas en nuestro sistema actual de mercado están muy por debajo de los estándares de

Dios para una sociedad justa y misericordiosa. Puede que nuestro sistema económico sea el mejor jamás ideado por seres humanos egoístas y pecaminosos, pero está profundamente contaminado por nuestra depravación. No debemos estar ciegos a esto y aceptar sin críticas el status quo porque nos sentimos cómodos.

Dicho esto, sigue siendo verdad que el dinero está para disfrutarse, porque Dios «nos da abundantemente todas las cosas para que las disfrutemos» (1 Timoteo 6:17). Anteriormente, en su carta, Pablo se enfrentó a la cosmovisión ascética, la cual rechazaba el matrimonio y disfrutar de ciertos alimentos. «Porque todo lo creado por Dios es bueno —escribió— y nada se debe rechazar si se recibe con acción de gracias; porque es santificado mediante la palabra de Dios y la oración» (4:4-5). Dentro del contexto de todo lo que enseña la Palabra de Dios, no se puede decir esto para aprobar un disfrute demasiado indulgente y excesivo de nuestras posesiones. Después



de todo, 1 Timoteo 5:6 nos dice que la persona «que se entrega a los placeres desenfrenados, aun viviendo, está muerta». Pero Dios sí nos provee de todas las cosas «para que las disfrutemos», palabras que aprueban el placer de la provisión llena de gracia de Dios. O, como lo expresó el autor de Eclesiastés:

*He aquí lo que yo he visto que es bueno y conveniente: comer, beber y gozarse uno de todo el trabajo en que se afana bajo el sol en los contados días de la vida que Dios le ha dado; porque esta es su recompensa. Igualmente, a todo hombre a quien Dios ha dado riquezas y bienes, lo ha capacitado también para comer de ellos, para recibir su recompensa y regocijarse en su trabajo: esto es don de Dios (5:18-19).*

Disfrutar de nuestras bendiciones materiales sin avaricia y con contentamiento es un lado de la ecuación bíblica. El otro lado no es menos significativo. El dinero puede llegar a convertirse en un sustituto para Dios, y

debe mantenerse en su lugar. «A los ricos [...] enséñales que no sean altaneros ni pongan su esperanza en la incertidumbre de las riquezas» (1 Timoteo 6:17). El peligro es que usemos el dinero como la medida de nuestro éxito en la vida, nos enorgullecamos de nuestros logros y nos volvamos arrogantes y desdeñemos a aquellos a quienes no les ha ido tan bien financieramente. Con demasiada facilidad imaginamos que somos los autores de nuestro éxito, y nos damos todo el crédito. Otros alimentan este sentimiento debido a la manera en que se les trata a los adinerados. El dinero da poder, privilegios y oportunidades, y comenzamos a sentirnos con derechos, como si fuéramos de mayor valor que las personas que tienen menos posesiones.

Un segundo peligro es que pongamos nuestra esperanza en nuestras posesiones. Se convierten en nuestra seguridad contra un futuro incierto, nuestro refugio contra las tormentas inciertas de la vida. Irónicamente, en

EE.UU. puede leerse la frase «En Dios confiamos» en el dinero; sin embargo, «En el dinero confío» es lo que está escrito en los lugares secretos de nuestro corazón.

Pero el dinero tiene sus limitaciones. Es insensato confiar en el dinero, porque en el mejor de los casos éste es incierto. Todos conocemos las maneras en que esto puede convertirse en realidad: un descenso en el mercado de acciones, un colapso en bienes raíces, la superinflación, un gerente deshonesto, una pérdida inesperada del empleo, una enfermedad traumática que acaba con nuestros ahorros. Un artículo en el periódico matutino cuenta la historia de personas en el negocio de la alta tecnología que hace tan sólo un año estaban dando regalos de Navidad muy caros porque teóricamente tenían dinero en forma de acciones. Este año están robando regalos de la compañía para enviar como obsequios, y el valor de sus acciones se ha derrumbado junto con sus compañías. Muchos están sin trabajo.

Un artículo en el diario financiero *The Wall Street Journal* describe las fortunas cambiantes de «centimillonarios» quienes, en la cúspide del auge de la tecnología, experimentaron que el valor de las ofertas públicas iniciales de sus compañías se disparó en 1999. De la noche a la mañana tenían ganancias netas de cientos de millones de dólares, y gastaban de acuerdo a ello. Luego, cuando los índices de los valores en bolsa del NASDAQ cayeron en picada, las cosas cambiaron rápidamente. Tal y como lo dijo un «ex-centimillonario», cuyas acciones cayeron 96,8% en unos cuantos meses: «Subir fue fácil. Pero cuando comienzas a bajar, nadie te quiere hablar. Ha sido la experiencia personal de mayor desafío en mi vida» (*«Excentimillionaires See Stakes Plunge»* [*Ex-centimillonarios ven hundimiento de acciones*], 20/10/00).

El sabio rey Salomón escribió:

*No te fatigues en adquirir riquezas; deja de pensar en ellas. Cuando pones*

*tus ojos en ella, ya no está.  
Porque la riqueza ciertamente  
se hace alas, como águila  
que vuela hacia los cielos  
(Proverbios 23:4-5).*

Confiar en el dinero también es ser infiel. El «sueño norteamericano» tiene gran poder. Ha hecho de los Estados Unidos un país lleno de inmigrantes, no sólo por el estándar de vida existente sino también por las posibilidades que le da a todo ciudadano. Pero hay un inconveniente. La búsqueda de más es interminable. Parece que, si se esfuerzan más, si hacen más, no sólo alcanzarán el sueño sino que también llenarán sus almas. No sólo hay que tenerlo todo; hay que tenerlo ahora. No sólo hay que tener más; hay que tener lo mejor. Y los créditos lo hacen tan fácil que parece no haber razón alguna para no tener lo que se quiere cuando se quiere. El dinero y las cosas son el camino a la buena vida.

La Palabra de Dios nos enseña lo contrario. Pablo nos dijo que pusiéramos nuestra esperanza en Dios (6:17),

reconociendo que el dinero es un sustituto tentador pero terriblemente inadecuado. Job también sintió el poder de esto:

*Si he puesto en el oro mi  
confianza, y he dicho al oro  
fino: Tú eres mi seguridad;  
si me he alegrado porque mi  
riqueza era grande, y porque  
mi mano había adquirido  
mucho; si he mirado al sol  
cuando brillaba, o a la luna  
marchando en esplendor, y  
fue mi corazón seducido en  
secreto, y mi mano tiró un  
beso de mi boca, eso también  
hubiera sido iniquidad que  
merecía juicio, porque habría  
negado al Dios de lo alto  
(Job 31:24-28).*

Debido a la naturaleza humana, el dinero se convierte en una paradoja, capaz de hacer un gran bien o un gran daño. Por lo tanto, Pablo insistió en que debemos usarlo con cuidado. El primer paso y el más importante es guardar nuestros corazones y asegurarnos de que estamos confiando en Dios, no en nuestro dinero. En 1 Timoteo 6:17, él amplía este pensamiento un poco más.

**El dinero brinda el potencial para marcar una diferencia, no simplemente para ganarnos la vida.**

Los seguidores de Cristo han de imitar a su Señor desarrollando un estilo de vida de buenas obras: «Enséñales que hagan bien, que sean ricos en buenas obras». El Dios que nos provee abundantemente espera que respondamos abundantemente practicando buenas obras. Nadie insiste con mayor firmeza en la Escritura que no somos justificados delante de Dios por medio de las buenas obras sino por medio de la gracia de Dios que nos ha sido dada gratis.

Al mismo tiempo, nadie pone mayor énfasis en que el pueblo de Dios manifestará la realidad de su nueva vida a través de las buenas obras en el poder del Espíritu Santo. El énfasis del Nuevo Testamento es constante:

*Así brille vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas acciones y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos (Mateo 5:16).*

*Porque somos hechura suya, creados en Cristo*

*Jesús para hacer buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviéramos en ellas (Efesios 2:10).*

*[...] nuestro gran Dios y Salvador Cristo Jesús, quien se dio a sí mismo por nosotros, para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo para posesion suya, celoso de buenas obras (Tito 2:13-14).*

*[...] y en cuanto a estas cosas quiero que hables con firmeza, para que los que han creído en Dios procuren ocuparse en buenas obras (Tito 3:8).*

*Y que nuestro pueblo aprenda a ocuparse en buenas obras, atendiendo a las necesidades apremiantes, para que no estén sin fruto (Tito 3:14).*

*Y consideremos cómo estimularnos unos a otros al amor y a las buenas obras (Hebreos 10:24).*

*Por tanto, ofrezcamos [...], sacrificio de alabanza a Dios, es decir, el fruto de labios que confiesan su nombre. Y no os olvidéis de hacer el bien y*

*de la ayuda mutua, porque de tales sacrificios se agrada Dios (Hebreos 13:15-16).*

*Mantened entre los gentiles una conducta irreprochable, a fin de que en aquello que os calumnian como malhechores, ellos, por razón de vuestras buenas obras, al considerarlas, glorifiquen a Dios en el día de la visitación (1 Pedro 2:12).*

Pablo no especificó cuáles son estas buenas obras. Era claro que tenía en mente actos de bondad y compasión que satisficieran las necesidades de las personas. Y es importante que mencionara las buenas obras antes de hablar de la generosidad. A las personas con dinero a menudo les es más fácil dar efectivo que tiempo, pero el Señor no permitirá que los ricos crean que tienen esta opción. No sólo han de hacer buenas obras; han de ser ricos en ellas.

Los seguidores de Cristo también han de desarrollar un estilo de vida de generosidad: «Ensñales que [...] sean [...] generosos y prontos a compartir». Las dos palabras que se han traducido como

«generosos» y «prontos a compartir» son prácticamente la misma palabra en el original en griego y sirven para reforzar la idea de la generosidad financiera. El Nuevo Testamento no hace mención alguna del diezmo como la norma cristiana. Era una ley clara bajo el Antiguo Pacto, pero en vez de ello, el Nuevo Pacto nos señala la gracia de Dios como nuestro patrón. La generosidad es la norma del Nuevo Testamento para dar.

*De gracia recibisteis, dad de gracia (Mateo 10:8).*

*En todo os mostré que así, trabajando, debéis ayudar a los débiles, y recordar las palabras del Señor Jesús, que dijo: «Más bienaventurado es dar que recibir» (Hechos 20:35).*

*Pero esto digo: El que siembra escasamente, escasamente también segará; y el que siembra abundantemente, abundantemente también segará. Que cada uno dé como propuso en su corazón, no de mala gana ni por obligación, porque Dios ama*

*al dador alegre. Y Dios puede hacer que toda gracia abunde para vosotros, a fin de que teniendo siempre todo lo suficiente en todas las cosas, abundéis para toda buena obra (2 Corintios 9:6-8).*

Dar generosamente es dar de manera proporcional, no simplemente dar un porcentaje. Si bien el diezmo puede ofrecer una pauta útil, no alcanza para mostrar la generosidad de aquellos que han sido abundantemente bendecidos por Dios. Tal y como lo comenta Fred Smith: «Yo creo firmemente que el diezmo para los ricos es una vía para que ellos se libren de dar» («*A Holy Boldness Toward Money*» [«Una santa osadía hacia el dinero»], Revista Leadership (Liderazgo), primavera de 1981, p.49).

Dar con generosidad también es dar con gozo, porque «Dios ama al dador alegre». Y dar con generosidad es dar de manera deliberada. No es algo impulsivo o espasmódico, sino que se hace en base a la reflexión y en oración.

La generosidad sirve como un tapón para la codicia en

nuestras vidas. Cuando Kart Menninger escribió un libro en 1981 titulado *Whatever Became of Sin?* (¿Qué fue del pecado?), recibió una carta del autor de un libro sobre el dinero, expresando su agradecimiento por el capítulo de Menninger sobre la avaricia. Menninger respondió: «Creo que su pregunta, ‘¿Cómo podemos ayudar a que las personas se alejen de la codicia y se acerquen a la generosidad?’ es una de las grandes preguntas morales de nuestra era. Yo añadiría, ‘¿Cómo podríamos lograr que se alejen de la venganza y se acerquen a la magnanimidad?’ La codicia es una de esas enfermedades que no ‘mejoran’; puede ser incurable. Es probable que las personas con enfermedades mentales que vienen a nuestra Clínica Menninger mejoren—incluso sin la aplicación de habilidades profesionales—pero no es así con la codicia» (John y Sylvia Ronsvalle, *Behind the Stained Glass Windows* [Detrás de los vitrales], p.202). Esa es una declaración extraordinaria

viniendo de una perspectiva secular. Sin embargo, existe una cura para la codicia, y ésta involucra el cultivo deliberado de la generosidad.

La generosidad es un estilo de vida que se le ha ordenado tener al pueblo de Dios. Hemos de ser abundantemente generosos porque Dios ha sido abundantemente generoso con nosotros. La generosidad también es un estilo de vida que elegimos tener. Es la decisión deliberada del seguidor de Cristo de imitar a su generoso Señor que se ha dado a Sí mismo. Esto sucede porque aquellos que son ricos en este mundo actual saben que no viven sólo para este mundo. Esa es la razón por la que Pablo dirige nuestra atención más allá de la era presente hacia la era venidera en 1 Timoteo 6:19.

### **El dinero necesita la perspectiva de lo eterno.**

Pablo dijo que las personas generosas, «acumula[rán] para sí el tesoro de un buen fundamento para el futuro, para que puedan echar mano de lo que en verdad es vida» (6:19). La sabia mayordomía acumula

recompensa eterna. El dar y las buenas obras son una inversión en la eternidad. La Biblia constantemente nos recuerda que nuestra fidelidad aquí y ahora tiene consecuencias eternas. Dios recompensa a Su pueblo. Nuestra generosidad no sólo ayuda a los demás aquí y ahora, provee bendición para nosotros a lo largo de toda la eternidad. El dar no trata acerca de perder riqueza sino de acumular tesoro celestial. El Señor Jesús es quien nos enseñó a pensar en el tesoro celestial:

*No os acumuléis tesoros en la tierra, donde la polilla y la herrumbre destruyen, y donde ladrones penetran y roban; sino acumulaos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni la herrumbre destruyen, y donde ladrones no penetran ni roban; porque donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón (Mateo 6:19-21).*

Nuestra manera de dar revela si estamos motivados fundamentalmente por los valores eternos o por los valores presentes. D. L. Moody observó: «No toma mucho tiempo descubrir dónde se encuentra el

tesoro de una persona. Con la mayoría de las personas, en 15 minutos se puede decir si sus tesoros se encuentran en la tierra o en el cielo». El consejo del Señor no es que no invirtamos nuestro dinero para obtener ganancias, pero, no obstante, Él quiere que nos aseguremos de adoptar la perspectiva amplia y que nos preocupemos más por las ganancias eternas que por las terrenales.

Las personas generosas también «echan mano de la vida que es la vida de verdad». La sabia mayordomía echa mano de la vida. Escuchamos a la gente decir: «Esto es la buena vida. ¡Esto es vivir de verdad!» A menudo eso describe un momento en el que uno se ha permitido un capricho especial. Existe lo que se llama la vida real, y se refiere a vivir la vida a plenitud aquí y ahora de una manera que sea coherente con las promesas de Dios para la eternidad. Tal y como Pablo lo escribió anteriormente en su carta: «La piedad es provechosa para todo, pues tiene promesa para la vida presente y también para la futura» (1 Timoteo 4:8).

La vida es rica cuando usamos las capacidades y los recursos que Dios ha puesto a nuestra disposición para marcar una diferencia en las vidas de los demás. Y existe una enorme diferencia entre vivir con un hambre de placer y vivir con una sensación de propósito. Los momentos de mayor riqueza en la vida vienen cuando usamos nuestro dinero para hacer avanzar el Reino de Dios. Eso es la vida real, y su valor se extiende mucho más allá del mundo presente, hacia la eternidad.

En 1999, la muerte de Oseola McCarty captó la atención de toda la nación. Por un lado, esto fue algo sorprendente, porque la Srta. McCarty había vivido en la oscuridad. Había pasado toda su vida en Hattiesburg, Mississippi, lavando ropa para los adinerados, a 50 centavos la pila de ropa, usando una tabla de lavar pasada de moda.

Luego, a la edad de 87 años, dejó pasmados a los funcionarios de la Universidad del Sur de Mississippi haciendo una donación de



US\$ 150.000. ¿De dónde había obtenido semejante cantidad de dinero? Ella había llevado una vida frugal, ahorrando cuidadosamente, e invirtiendo con sabiduría. Ya anciana, se dio con que tenía US\$ 150.000 y decidió que había algo mejor que hacer con ese dinero que gastarlo en ella misma. «Tenía en el banco más dinero del que podía usar; —dijo— no puedo llevarme nada de este mundo conmigo, así que pensé que lo mejor sería dárselo a algún joven para que se pudiera educar. Ella se sintió avergonzada ante toda la atención que recibió, pero, cuando los periodistas le preguntaron por qué había hecho eso, Oseola tomó prestadas algunas palabras que nos son familiares: «Más bienaventurado es dar que recibir. Lo he comprobado».

La generosidad es un giroscopio dado por Dios que le proporciona estabilidad a nuestras vidas. Pablo hace un vívido contraste entre dos maneras de vivir, y sólo una de ellas es apropiada para un seguidor del Señor

Jesucristo. Aquellos que desean enriquecerse, que se caracterizan por la codicia, se «hunden [...] en la ruina y en la perdición» (1 Timoteo 6:9). Su barco se hunde en los mares del materialismo y el consumismo. Pero aquellos que viven con una generosidad que imita a Cristo «acumulan para sí el tesoro de un buen fundamento para el futuro, para que puedan echar mano de lo que en verdad es vida» (1 Timoteo 6:19). No sólo alcanzan su destino a salvo, sino que florecen cuando llegan. El libro de Hebreos ofrece el mismo mensaje:

*Sea vuestro carácter sin avaricia, contentos con lo que tenéis, porque él mismo ha dicho: nunca te dejaré ni te desampararé, de manera que decimos confiadamente: El Señor es el que me ayuda; no temeré. ¿Qué podrá hacerme el hombre? (Hebreos 13:5-6).*

El presente librito se basa en una porción del libro *True North*, por Gary Inrig, publicado por Discovery House Publishers, una afiliada sin fines de lucro a Ministerios RBC.